

EL VERDADERO CHOQUE

James Kurth

Traducción: Alberto Mansueti

http://www.keck.ucsf.edu/~craig/James_Kurth_The_Real_Clash.pdf

Publicado en National Interest, Otoño de 1994.

El politólogo James Kurth es profesor Claude C. Smith de Ciencias Políticas en Univ. de Swarthmore, donde imparte Política Exterior, Defensa Nacional, y Política Internacional. Es Editor de la revista Orbis, un Journal sobre relaciones internacionales y política exterior de EE.UU., publicado por el Foreign Policy Research Institute (FPRI) en Philadelphia, Pennsylvania. Es cristiano reformado, de orientación calvinista, y líder de la Iglesia Presbiteriana. Es también autor del ensayo “La deforma del protestantismo y la política exterior de EE.UU.”, en The American Interest, 2005.

En este artículo el Prof. Kurth se ocupa del “Choque de Civilizaciones”, famosa teoría sobre las relaciones internacionales contemporáneas, formulada por el Prof. Samuel Huntington con esa expresión, primero en un artículo en la revista Foreign Affairs en 1993, y luego en un libro en 1996.

¿Cuáles serán los conflictos centrales de la política mundial en nuestro futuro? Esa es la pregunta que domina los actuales debates en asuntos internacionales. La respuesta más completa y más polémica ha sido la de Samuel Huntington, cuya idea de “choque de civilizaciones” ha provocado un tremendo choque de autores.

Tengo aquí la intención de participar en este choque de autores. Primero voy a revisar el actual choque de las definiciones sobre la naturaleza de la nueva era en relaciones internacionales. Luego voy a tratar el argumento central de Huntington, sobre potenciales conflictos entre la occidental y otras civilizaciones, en particular una gran alianza del Islam con la civilización confuciana.

Pero voy a concluir con mi argumento: el verdadero choque de civilizaciones, el más cargado de significado, no será entre Occidente y el resto, sino que es el que ya está en curso dentro del propio Occidente, sobre todo dentro de EE.UU., su potencia central. Este es el choque entre la civilización occidental y una gran alianza, pero diferente, compuesta por los movimientos multiculturalista y feminista. Y este es, al final, un choque de la civilización occidental contra la post-occidental.

El choque de las definiciones

Tras la II GM, era común la referencia a aquella época como el período de la Posguerra. Pero un período post-guerra o post-algo, no puede durar un tiempo demasiado largo, al final la época asumirá un nombre propio y distintivo. Y esto comenzó a suceder ya en 1947, y para 1949 ya estaba completado en buena parte: el lapso de la post-guerra se había convertido en la Era de la Guerra Fría.

En nuestra presente fase de transición todavía no hubo tal desarrollo. Hasta hace poco era común hablar de la post-Guerra Fría; pero ya pasaron 5 años enteros desde el fin de la Guerra Fría (1989), así que esto parece estirarse mucho. Y decir post-post-Guerra Fría, claro, sonaría muy ridículo. Pero es evidente que no hay un nombre comúnmente aceptado para esta sin duda nueva etapa en la que estamos.

Y la falta de un término común para la época, es un síntoma de la falta de una interpretación común para la situación internacional, y de una base consensuada para la política exterior, como demuestran a diario las vacilantes e imprudentes políticas exteriores del Gobierno Clinton, que es la primera presidencia completamente post-post-Guerra Fría.

El problema no es que no hay candidaturas para definir razonablemente de la nueva fase, sino que hay muchas. De hecho en 1993 se había postulado al menos cuatro candidatos principales para designar el eje central de los conflictos internacionales en la pos-Guerra Fría, siempre con la idea de guerras de alguna clase, y en analogía con otras épocas. A saber: (1) las guerras comerciales, en particular entre EE.UU., Japón, y Europa Occidental; (2) las guerras de religión, en particular relacionados con el Islam; (3) las guerras étnicas, en particular en la ex U.R.S.S., en la ex Yugoslavia, y en los estados fallidos de África; y (4) las nuevas guerras frías, en especial por la participación de Rusia y China.

Y enseguida vino Samuel Huntington y publicó su artículo ahora famoso, en gran medida subsumiendo todos esos cuatro tipos de guerras en un “choque de civilizaciones”: *The Clash Of Civilizations? Foreign Affairs, Summer 1993, pp 22-49*. El título incluyó un signo de interrogación, lo cual era incompatible con las fuertes afirmaciones y con el estilo habitual del autor. En los dos números siguientes de la revista hubo un debate entre Huntington y sus críticos.

Veamos estos conceptos, uno a uno.

Las guerras comerciales. En el lapso inmediato posterior a la caída de la U.R.S.S. y su comunismo, natural fue que algunos analistas se enfocasen en el triunfo del capitalismo liberal y la expansión de la economía mundial, como características centrales de la nueva era.

Pero también era natural pensar en la continuidad o analogía con épocas pasadas, que los principales actores de la política internacional serían las grandes potencias, con la excepción de esos que Richard Rosecrance ha bautizado “estados comerciales” en vez de “estados político-militares”. Así las grandes potencias serían Estados con grandes economías, o sea EE.UU., Japón, y los países de Europa Occidental, liderados por una Alemania recientemente reunificada. Y los conflictos internacionales tomarían la forma principalmente de choques económicos o guerras comerciales.

Las guerras religiosas. Otros analistas, siguiendo con la analogía de eras pasadas, encontraron otra dimensión: las ideologías o cosmovisiones. Tras el colapso del comunismo, era razonable pensar en un nuevo conflicto con otra ideología radical, o incluso teología, que tomaría el lugar del comunismo: el así llamado fundamentalismo islámico. El término “islamismo” es mejor, pues connota la combinación del tradicional Islam con la ideología moderna.

Para ser verdaderamente poderosa en la política internacional, una ideología o cosmovisión necesita su “defensor de la fe”, o sea un Estado para dar soporte a la idea y servir como país-centro. Antes, para el comunismo, ese papel fue principalmente de la U.R.S.S. Y para el islamismo, ese rol de país central y de Estado-portabandera, fue tomado por Irán, aunque imperfectamente. Pero Irak, su mucho más secular competidor, dio un paso al frente para hacer ese papel brevemente en 1990. Después Irán reapareció como el país nuclear del islamismo. De todos modos, la creciente fuerza del islamismo en Sudán, Argelia, y hasta Egipto, parecen buenas razones para sostener que el rasgo definitorio de la nueva etapa va a ser la serie de conflictos relacionados con el islamismo.

Las guerras étnicas. Algunos analistas se centraron en guerras reales y presentes, ligadas sobre todo al resurgimiento de rivalidades nacionalistas étnicas, que fueron típicas de épocas pre-Guerra Fría. El colapso de la U.R.S.S. fue también el de un imperio multinacional, y lo mismo el colapso de Yugoslavia, en cierto modo una versión más pequeña de la U.R.S.S. Los antiguos regímenes comunistas en la U.R.S.S. y Yugoslavia cayeron con muy poca fuerza o represión violenta. Pero una vez desaparecidos, hubo mucha violencia entre los grupos étnicos que quedaron entre las ruinas de los grandes imperios multinacionales de los partidos comunistas. Así fue también cuando el fin de los imperios multinacionales de las dinastías tradicionales como los Habsburgo y los Otomanos. Lo planteo en “Eastern Question, Western Answer”, *The National Interest*, Invierno 1993-1994, pp 96-101. Los conflictos en la ex Yugoslavia en particular, han parecido a muchos como característicos para definir la naturaleza de la nueva etapa.

Nuevas Guerras Frías. Otros analistas encuentran una analogía con los poderes militares y sistemas políticos típicos de la Guerra Fría. La U.R.S.S. había sido una gran amenaza por su gran tamaño, su poder militar, y su régimen autoritario. Cuando se asentó el polvo tras la Guerra Fría, Rusia quedó con una población que era sólo la mitad de la ex U.R.S.S., pero que aun así es la nación más grande de Europa. Y con un territorio que era tres cuartas partes el de la ex U.R.S.S., pero que aun así es el país más grande del mundo. Y más importante, también se quedó con 20 mil ojivas nucleares, como único Estado en el mundo capaz de destruir a E.E.U.U. Una nueva Guerra Fría entre Rusia y E.E.U.U. es una posibilidad.

Una variación de este tema de la nueva Guerra Fría es China. Con su vasta población y territorio, su gran ejército con armas nucleares, su economía en auge, y su régimen comunista aún, sus poderes combinados pueden representar una amenaza para E.E.U.U.

Así en 1993, había cuatro grandes definiciones en competencia para designar la naturaleza de la nueva era en política internacional. Cada una apoyada por la continuidad en la analogía, en los conceptos y las experiencias del pasado, y cada una aparentemente respaldada por los principales eventos producidos en los años 1990-1993. Con tantos candidatos razonables, no hubo consenso sobre la naturaleza de la nueva etapa o el foco de la política exterior. La gente de la Administración Clinton, en particular, se ha dividido entre estos conceptos-aspirantes, y por eso no es capaz de construir una política exterior coherente.

Entra Huntington

En este complejo contexto entró en el debate Samuel Huntington. Con su habitual genio para discernir un patrón común subyacente en un mazacote de fenómenos dispares, dice que el eje central del conflicto en la nueva era será entre culturas o civilizaciones. No trata directamente las definiciones en competencia que hemos identificado, pero su concepto de las civilizaciones las trata y engloba a las cuatro.

Guerras comerciales, Huntington implica que podrían ocurrir, pero no van a ser centrales. EE.UU. y Europa occidental son partes de la misma civilización Occidental, y los conflictos entre ellos van a ser marginales y manejables. Japón es otro asunto, ya que según Huntington, Japón es en sí mismo una civilización. Por esta razón, observa, el conflicto económico entre EE.UU. y Japón ha sido más enconado que entre EE.UU. y Europa. Pero en general Huntington ve a Japón cerca de los intereses de Occidente, tanto como para que los conflictos también se vuelvan manejables. A lo contrario, el conflicto entre EE.UU. y el islamismo se hace central

y permanente a ojos de Huntington, y ejemplo perfecto de un choque de civilizaciones.

Las guerras étnicas son importantes en el esquema de Huntington. Las más notables se han dado en las “líneas de falla geológica” entre las distintas civilizaciones. El más obvio: el choque entre musulmanes, serbios y croatas en la ex Yugoslavia, que es un conflicto entre las civilizaciones islámica, ortodoxa, y occidental. Del igual modo, los conflictos intra y entre los Estados sucesores de la ex U.R.S.S. no han sido sólo entre distintos grupos étnicos sino entre grupos de civilizaciones antagónicas, casos de los azerís o azerbaiyanos (pueblo túrquico), musulmanes, y ortodoxos armenios. Por el contrario, no ha habido casi violencia entre grupos dentro de la civilización ortodoxa eslava, caso de rusos y ucranianos; aunque sí en Moldovia, entre ortodoxos eslavos y ortodoxos rumanos; cuando se define la civilización como ortodoxa eslava en lugar de simplemente “ortodoxa”, que es más obvio, esta anomalía puede resolverse.

Por último, según Huntington, se esperaría un nuevo conflicto de EE.UU. contra Rusia, o contra China. EE.UU. representa la civilización occidental, Rusia la ortodoxa, y China la confuciana. El conflicto va a tomar formas diferentes a las de la Guerra Fría, cuando el lenguaje era ideológico, ahora el lenguaje será cultural. Pero los conflictos seguirán siendo entre grandes potencias y potencias nucleares, exponentes de diferentes visiones del mundo y diferentes formas de vida. Y Huntington no lo dice, pero se podría suponer que esos tales choques podrían llegar a la forma de una guerra fría, con viejas y conocidas características como disuasión nuclear y alianzas militares.

La visión de Huntington no sólo subsume las cuatro definiciones, también nos ordena las relaciones y prioridades entre ellas. Desde este ángulo de las civilizaciones, se podría poner el eje en el conflicto entre la civilización occidental, que es ahora dominante, y todas las demás, que son ahora subordinadas: “Occidente y el resto”, título del ensayo del Profesor Kishore Mahbubani, “The West and the Rest”, en The National Interest, Verano de 1992.

Pero Huntington no lo ve así, sino que observa el conflicto central entre Occidente por una parte, y por la otra una especie de gran alianza entre las civilizaciones confuciana e islámica, con la segunda fuerte en poder industrial y armamento militar, y la primera fuerte en reservas petroleras y cercanía geográfica a Occidente. Y desde este mismo ángulo de las civilizaciones, vale tener en cuenta el largo conflicto entre el Islam y Occidente, que lleva más de 13 siglos; lo que indicaría un conflicto continuo y de mucho tiempo a futuro. El choque de Occidente contra la

civilización confuciana no es tan largo, lleva menos de 2 siglos, desde la Guerra del Opio de 1840-42 hasta ahora, pero ha sido a menudo muy amargo. Y por otro lado, las economías en auge de muchos países confucianos, les confieren ahora poder como para pensar en reparar aquel viejo desequilibrio entre ellos y Occidente.

Por el contrario, Huntington no ve un conflicto central entre Occidente y la civilización ortodoxa. No explica mucho por qué no, pero dice que Rusia es un país desgarrado, el país desgarrado más importante del mundo; los otros son Turquía y México. Porque Rusia se desgarró entre dos civilizaciones: su élite y su política se ven atraídas hacia una de ellas, pero la masa y el pasado histórico hacia la otra. Rusia ha sido un país así desgarrado desde Pedro el Grande, o sea casi tres siglos, entre occidentalistas y eslavófilos, o sea entre Europa y Eurasia, entre el mundo occidental y la civilización ortodoxa.

Huntington parece pensar que hay mucho de Occidente dentro de Rusia, y es por eso que no va a tener ese choque civilizacional contra Occidente. Pero fácil se podría concluir que podría haber dentro de la propia Rusia un conflicto entre civilizaciones, que hiciera del país desgarrado un país psicológicamente traumatizado, resultando mucha rigidez y hostilidad en sus relaciones con la civilización de Occidente, ligada a su otro yo reprimido.

Quizás Huntington encontró dos legados históricos de mucho peso: (1) el adversario más fuerte y duradero de la civilización ortodoxa ha sido la islámica; y (2) sus padecimientos más traumáticos fueron bajo el yugo tártaro de Genghis Khan y sus sucesores, una civilización apenas confuciana, pero que lo era desde el punto de vista ruso. Por eso, probablemente piensa Huntington, sería tonto para Occidente el permitir que sus diferencias con la civilización ortodoxa arrojen a Rusia en brazos de sus más antiguos adversarios. Al contrario, Rusia debería ser un aliado natural de Occidente contra la gran alianza de las civilizaciones islámica y confuciana.

De modo similar pero más simple, Huntington no ve un conflicto central entre Occidente y la civilización japonesa. Explícitamente dice que las diferencias son en gran parte económicas, y podrían negociarse con sensatez. También es probable que vea a la civilización japonesa como aislada, atrapada entre Occidente y la civilización confuciana, y que un sabio liderazgo occidental pueda mantener fácilmente a Japón como aliado en vez de ser arrojado en brazos de la civilización confuciana. De hecho, buen número de críticos de Huntington en Asia Oriental creen que su propósito es hacer un puente para que Occidente pueda volver a “dividir y reinar” en el este de Asia, lanzando a una aislada y vulnerable civilización japonesa a chocar contra una creciente y amenazante confuciana, a pesar de que

según estos críticos hay buenas razones y precedentes históricos para concluir que Japón es parte de la civilización confuciana (o más exactamente: que la civilización confuciana es parte de Japón).

El choque de Huntington con Huntington

Huntington ha tenido una larga y distinguida carrera excepcional como politólogo. Sus contribuciones distintivas a la Ciencia Política se han centrado en las instituciones políticas, en particular el Estado, las organizaciones militares, y los partidos. Sus libros sobre estos temas son trabajos seminales que lo han hecho uno de los politólogos más leídos y respetados en el mundo, en especial *The Soldier and the State*, Cambridge, MA: Harvard U. Press, 1957; *The Common Defense*, NY: Columbia U. Press, 1961); *Political Order in Changing Societies*, New Haven: Yale U. Press, 1968; *American Politics: The Promise of Disharmony*, Cambridge, MA: Harvard U. Press, 1981.

Sin embargo, las instituciones políticas prácticamente no aparecen en su ensayo sobre el choque de civilizaciones. Y eso que los orígenes, difusión y persistencia de las civilizaciones ligán muy íntimamente con instituciones tales como imperios dinásticos tradicionales y Estados-nación modernos, y con el poder que han ejercido. Y las distintas civilizaciones han producido diferentes tipos de instituciones políticas, y lo que lleva a diferentes tipos de enfrentamientos y conflictos. Por tanto, una mirada huntingtoniano a las instituciones políticas nos hará modificar el análisis huntingtoniano del choque de civilizaciones.

La civilización islámica. Un legado de Estados débiles. Esta civilización se creó y se extendió por el valor militar y el poder político. Hubo tiempos en que había un poder islámico liderando, el más prominente fue el Imperio turco u otomano, a veces conocido como “el ente gobernante otomano”, que sin embargo fue más una civilización que un Estado. Y nunca hubo un sólo poder islámico fuerte. El Imperio otomano tuvo que lidiar con otros imperios islámicos, en Persia y en India; y desde su colapso a fines de la I GM, la civilización islámica se ha fragmentado en varios estados en conflicto.

Lo más próximo a un Estado central en la civilización islámica hoy es Irán, pero muy aislado del resto del mundo islámico, por su teología chiíta, y por su etnia persa, y también por su mala economía, a lo menos de momento. Es prácticamente imposible que Irán se haga el Estado central de la civilización islámica; pero también lo es para cualquier otro país islámico. Los otros grandes países que podrían ser potenciales líderes, como Egipto, Turquía, Pakistán, Indonesia, son muy diferentes y querellosos entre sí, por lo que no les es posible hacer una política

concertada hacia Occidente o hacia las civilizaciones ortodoxa, hindú, o confuciana. Así que el Islam seguirá siendo una civilización sin imperio ni Estado central siquiera para llevar a cabo la política exterior de su civilización. Esto significa que el choque Occidente versus Islam no es probable que vaya a ser con guerras nucleares, ni tampoco convencionales, entre Estados occidentales y países islámicos. (La Guerra del Golfo es la excepción que confirma y refuerza esta regla.) Más bien, es más probable que sean choques entre las sociedades occidentales y grupos islámicos: una larga serie de acciones terroristas, escaramuzas fronterizas, y guerras étnicas.

La civilización confuciana. Un legado de un Estado fuerte. La historia de esta civilización es lo contrario a la del Islam. Ha girado siempre en torno a un Estado central, que tiene ya 2.200 años, desde la dinastía Han. Y si la historia de la civilización islámica ha sido de extensos lapsos de fragmentación, alterados por breves períodos de unidad; la de la civilización confuciana ha sido al revés: largos períodos de unidad, o al menos de cierto ascendente de un centro imperial, alterados por breves períodos de fragmentación.

Hoy, como siempre, la civilización confuciana tiene un solo aspirante al rol de Estado central, el de siempre: China. Huntington puede estar equivocado diciendo que Japón no es suficiente confuciano para calificar como miembro de esta civilización, pero tiene razón en que no lo es para calificar como líder.

Los otros países son pocos y en su mayoría pequeños. De Corea, Taiwán, Hong Kong y Singapur, se puede esperar que giren en torno a China, o al menos le rindan cierta pleitesía. A diferencia del Islam, el choque entre la civilización confuciana y Occidente, o las otras civilizaciones, ortodoxa o hindú, sí va a tomar la forma de un conflicto entre China y algún otro Estado o Estados. Lo cual significa que lo que pase con el Estado chino será crucial para el tiempo y forma de un choque de civilizaciones.

Hace dos generaciones, casi nadie pensaba que el arte confuciana de gobierno tenía algún valor en el mundo moderno, y pese a todas las diferencias entre los socialdemócratas occidentales y los “duros” chinos comunistas, ambos estuvieron de acuerdo. Pero en la última década o más, ha habido un amplio consenso en que sociedades confucianas han creado Estados sobresalientes en el desarrollo industrial: Corea del Sur, Taiwán, Singapur; y Japón, en tanto demos el crédito por ello al confucianismo y no al sintoísmo o al budismo. Son los Estados comerciales de mayor éxito en el mundo.

El Estado chino tiene que hacer la gran transición de comunista a confuciano; el proceso no va a ser fácil ni sencillo. El Estado confuciano ideal en la Era moderna ha sido el Singapur de Lee Kuan Yew, y sus logros han sido muy grandes, pero su tamaño muy pequeño: es realmente una ciudad-estado, con una población de sólo 2,8 millones. Los otros estados confucianos exitosos también han sido los más pequeños, excepto el sólo parcialmente confuciano Japón. Así que hay una pregunta crucial: ¿podrá un Estado confuciano moderno gobernar 1,2 millones de personas?

Puede haber un choque entre las civilizaciones occidental y confuciana, pero pronto en algún momento va a haber un choque entre el pasado comunista y el futuro confuciano en la propia China. La naturaleza de ese enfrentamiento interno determinará en mucho el tiempo y forma del externo. Un choque de civilizaciones con China en un futuro próximo no va a ser igual que si ocurriese tras un largo “tiempo de problemas” en ese país; tendría consecuencias diferentes.

En cualquier caso, el choque entre las civilizaciones occidental y confuciana, como entre las civilizaciones occidental e islámica también, no es probable que tome las formas de guerras convencionales o nucleares. Es más probable que sea un choque entre el estilo occidental de capitalismo liberal y el estilo confuciano de capitalismo liderado por el Estado, traducido en una larga serie de conflictos económicos, disputas de derechos humanos con dimensión económica, y guerras comerciales.

De “la Cristiandad” a Occidente

Una mirada más de cerca a la lista de las civilizaciones principales de Huntington plantea una pregunta fundamental, sobre la naturaleza de las civilizaciones y de las diferencias entre ellas. ¿Cuáles son? A ver, Huntington identifica 7 o aún 8, a saber: Occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, ortodoxa eslava, latinoamericana, y posiblemente africana. Esto es una colección de términos algo abigarrada.

Las dos civilizaciones con economías más avanzadas, Occidente y Japón, se identifican en términos seculares, aunque la japonesa resulta de una síntesis de tres religiones: confucianismo, sintoísmo y budismo, por lo que el uso de un término nacional Japón en vez de uno religioso parece lógico. Pero los nombres de las otras cuatro, confuciana, islámica, hindú, ortodoxa eslava y América latina, identifican claramente una civilización con una religión, y en términos de Toynbee, con una Iglesia universal.

La verdadera anomalía en la lista que Huntington nos recuerda es que la civilización más poderosa y de más penetración de todas, la civilización occidental, se identifica con un nombre que es sólo una dirección geográfica. El término “occidental”

connota no la esencia profunda de nuestra civilización, sino algo que es anodino, hasta insulso, sin contenido alguno. Tampoco dice nada de la influencia global de esta civilización, al contrario: “occidental” es un locus, que es limitado y confinado, sin amplitud alguna.

El carácter problemático de la civilización occidental va más allá del término anómalo, es algo más profundo. Llega hasta su rasgo más fundamental, hasta su definición y su dirección. El asunto es que la civilización occidental es la única explícitamente no religiosa o post-religiosa. Esta es la diferencia radical de Occidente con las demás civilizaciones. Esto ayuda a explicar por qué hay conflictos nuevos entre la civilización de Occidente y el resto. Y anticipa que estos conflictos serán más intensos en el futuro. Y apunta además a un posible defecto fatal en la propia civilización occidental.

Hace 300 años, nadie sabía que existía una civilización “occidental”, ni los que vivían en ella. El término entonces, paralelo y de igual naturaleza que los usados para las otras civilizaciones, era “la Cristiandad”. La historia de cómo se convirtió en la “civilización occidental”, y cómo casi todas las otras han mantenido su identidad religiosa, es crucial para entender el “choque de civilizaciones” a futuro.

La civilización occidental, tal como bien señala Huntington, es el producto de una serie de grandes movimientos culturales históricos. La gran pintura es como un gran desfile; el Renacimiento, la Reforma, la Contra-Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Huntington da la lista pero no incluye la Contrarreforma. Esto puede ser suficiente para los nacidos en EE.UU.; los europeos en cambio tienen buenas razones para incluirla.

La Ilustración trajo consigo la secularización de gran parte de la clase intelectual, la que portaba la idea de lo que hasta entonces se llamaba “la Cristiandad”; y ya no se llamó así, a pesar de que la gran masa de su población siguió siendo cristiana. La Revolución Francesa y la Revolución Industrial difundieron las ideas de la Ilustración y la secularización, en gran parte de esta población, pero las iglesias cristianas siguieron siendo una fuerza vital dentro de la civilización que desde la Ilustración ya no ha sido posible llamar “la Cristiandad”.

Durante un tiempo, a fines del s. XVIII y comienzos del XIX, “Europa” se hizo término favorito para designar a esta civilización. Pero en esa misma época ya comenzaron las colonias europeas en el Nuevo Mundo a asumir la condición de naciones independientes; y entonces pronto no se pudo ya hablar de “la civilización europea”.

Durante un breve y exuberante tiempo en el s. XIX, esta civilización parecía ser la única en crecimiento y dotada de gran dinamismo mientras los demás parecían encontrarse en manifiesto declive y la decadencia; el término preferido entonces era “la civilización” nada más, ya que esta civilización parecía ser la única, sin otra más alrededor. Pero este término tampoco pudo sostenerse.

Fue sólo a principios del s. XX que inventaron el concepto “civilización occidental”. El término registró la conciencia de que esta, a diferencia de otras, no tenía religión en su núcleo; y de que era una entre otras, nada más. Lejos de los entusiasmos de la fe, y de la exuberancia de verse a sí misma tan bendecido que estaba en una clase aparte por sí misma. En resumen, el término civilización occidental fue el producto de un alto grado de intelectualismo, tal vez producto de una autoconciencia incluso enfermiza.

El término era un signo de la aparición de un declive, un declinar. No es casualidad que casi tan pronto como el concepto se inventó, comenzó a ser utilizado en clave pesimista, típicamente en “La decadencia de Occidente” (1918) de Oswald Spengler. Si el término se hubiese quedado sólo en las manos, o más bien la mente de los europeos, probablemente habría tenido una vida breve e infeliz.

Pero el Nuevo Mundo fue llamado a corregir el pesimismo del Viejo. Los estadounidenses dieron otro significado al concepto, en su trato primero con los inmigrantes europeos en EE.UU. y luego con las naciones europeas en su propio espacio. Para aquellos estadounidenses, y para Huntington ahora, la civilización occidental fue equiparada con las ideas de individualismo liberal, separación de Iglesia y Estado, derechos humanos, constitucionalismo, igualdad y libertad, imperio de la ley, libre mercado y democracia. Y ese nuevo contenido de “civilización occidental” fue el “Credo americano”; y el nuevo contexto para el “Credo americano”, más allá de EE.UU., fue la civilización occidental.

La combinación de energía estadounidense e imaginario europeo dio poder y legitimidad a la idea de civilización occidental. El poder ayudó a EE.UU. a ganar la II GM contra la Alemania nazi, y la Guerra Fría contra la U.R.S.S; y la legitimidad le ayudó a poner orden en la larga paz en Europea Occidental, muy ligada a la Guerra Fría.

El concepto civilización occidental tuvo entonces su propia edad heroica. Pero ya ha terminado. Se acabó, en parte porque el término ya no brinda legitimidad a EE.UU. en Europa: hoy en día, ya no hay ninguna gran potencia acechando a los europeos, así que están a menudo prestos a ceder el liderazgo a EE.UU., como de distintos modos han mostrado las sucesivas crisis en el Golfo Pérsico, Bosnia y África. Pero

la razón principal, es porque ya el concepto no transmite energía a EE.UU. en su propio patio, y es porque ya tampoco tiene legitimidad entre los estadounidenses.

La decadencia de la civilización occidental es una historia que los académicos han estado contando desde el “fin de siecle” XIX. Como puse antes, la aparición del concepto de civilización occidental era ya un signo de la primera etapa de esa decadencia; y ahora, en el “fin de siecle” XX, su desaparición un signo de una descomposición mucho más avanzada. La historia de la decadencia del concepto, es parte de la historia más larga de la decadencia de la civilización occidental misma. Y eso se relaciona con ciertas grandes transformaciones en Occidente, que han madurado en la década de 1990.

Las grandes transformaciones

Un gran evento de los ‘90, claro, ha sido el final de la Guerra Fría. Muchos observadores ven este proceso como el más importante en Relaciones Internacionales, en especial quienes se enfocan en interés nacional y temas de seguridad y defensa, y que leen esta revista, National Interest.

Pero los años ‘90 también han visto la maduración de otras novedades importantes, que tendrán consecuencias no menos importantes para la seguridad internacional y el interés nacional, y son las que van a dar forma al choque de civilizaciones. Primero, los países industrialmente más avanzados han pasado a ser en economías postindustriales, y otro cambio, ligado al anterior, han pasado de sociedades modernas a post-modernas. Y segundo, el cambio de la economía internacional a una realmente global.

De la economía industrial a la economía post-industrial. En el nivel más obvio, significa el cambio de la producción industrial a los servicios. Estos cambios se han observado y discutido mucho por más de una generación, al menos desde que Daniel Bell publicó su seminal *The Coming of Post-Industrial Society*, en 1973. Será útil para nuestros fines enfocarnos en una dimensión de este cambio: el asunto del género.

La economía agrícola empleaba tanto hombres como mujeres. En diferentes tareas, pero trabajaban hombres y mujeres en el mismo lugar, la finca, que era también el hogar. La economía industrial empleaba principalmente hombres, en tareas diferentes a las de las mujeres, y además en un lugar muy diferente, la fábrica, que estaba lejos del hogar. La economía de servicios, como la agrícola, emplea tanto hombres como mujeres, en muchas de las mismas tareas, y en el mismo lugar, pero esta vez la oficina. E igual que en la economía industrial, la oficina está lejos del

hogar. Estas diferencias simples, tanto en el tipo de tareas como en el lugar donde se hacen, tienen y han tenido enormes consecuencias para la sociedad.

El mayor movimiento de la segunda mitad del s. XIX fue el de los hombres, de la granja a la fábrica. De allí surgieron muchos movimientos políticos que moldearon a la historia de la época: el socialismo y el anti-socialismo, las revoluciones y las guerras civiles. Los efectos de este cambio terminaron en la primera mitad del s. XX con la revolución comunista en Rusia, la reacción nacional-socialista en Alemania, y la II GM, que incluyó la gran lucha entre ambas corrientes.

Y el mayor movimiento de la segunda mitad del mismo s. XX, ha sido el de las mujeres, de la casa a la oficina. Y de allí ya han surgido los movimientos políticos que están empezando a moldear la historia de nuestro propio tiempo: uno de ellos el feminismo, con reivindicaciones políticas que van desde la igualdad de oportunidades al deconstruccionismo académico con su “lenguaje de género”, y el derecho al aborto. El feminismo ha producido a su vez una nueva forma de conservadurismo: los nuevos conservadores hablan de “valores familiares”; sus adversarios le llaman “la derecha religiosa”.

Las consecuencias de este movimiento femenino de la casa a la oficina culminarán recién en la primera mitad del s. XXI. No pueden asumir la forma de revoluciones, guerras civiles y guerras mundiales, como fue cuando el primer movimiento masculino de la granja a la fábrica. Las feministas han hecho elaboradas teorías sobre las mujeres como mucho menos violentas que los hombres. Pero hay otros factores.

El movimiento de la granja a la fábrica, en gran parte provocó la sustitución de la familia extensa por la familia nuclear; y el de la casa a la oficina está llevando un paso más allá este mismo proceso: se separa a los niños de sus padres, y a la esposa se le alienta a separarse de su marido. Al dividir a la familia nuclear, se ayuda a su sustitución por la familia no tradicional, que dicen las feministas; o la no familia, que dicen los conservadores. La división del núcleo familiar, como la del núcleo de los átomos, liberará una enorme cantidad de energía, que las feministas ven como liberadora, y los conservadores como destructiva.

Alguna indicación acerca de esta energía y su dirección puede deducirse de la conducta de los hijos de familias rotas, separadas o monoparentales, sobre todo en EE.UU.: no hay mucha evidencia de civilización occidental, o civilización de alguna clase. Durante miles de años la fuente de la civilización era la ciudad; hoy en EE.UU. la ciudad se ha convertido en la fuente de la barbarie.

La transformación de la economía internacional en una economía global: En el nivel más obvio, es el cambio de una producción nacional orientada hacia el comercio exterior, a una producción global, orientada hacia un mercado mundial globalizado, tanto en comercio como en inversión y tecnología. Estos cambios también se han estudiado y discutido desde hace una generación, desde que Raymond Vernon publicó su seminal *Sovereign at Bay*, en 1971. Pero su maduración ha llegado en la última década, como el mismo Vernon ha discutido en su *Defense and Dependence in the Global Economy*, 1992.

Miremos sólo uno de los aspectos. La globalización de la producción significa el traslado de la producción industrial desde los países industriales más avanzados, con alta cualificación altos salarios en la mano de obra, hasta a los países recientemente industrializados NICs con alta cualificación en la mano de obra pero bajos salarios. Esta es la desindustrialización de los países avanzados, el lado oscuro del cambio a la economía post-industrial que ya comentamos. Las dos transformaciones, de economía industrial a post-industrial, y del comercio internacional al comercio global, están muy ligadas.

La conjunción de la desindustrialización de los países avanzados y la industrialización de los menos avanzados, implica que los primeros son cada vez menos modernos, es decir, más post-modernos, y los segundos cada vez más modernos. Desde el punto de vista de las civilizaciones, el Occidente es cada vez menos moderno y el resto, en especial la civilización confuciana, cada vez más moderna.

Americanización versus Multiculturalismo

La novedad más importante de la civilización occidental está dentro de su primera potencia, que una vez fue su “defensor de la fe”. Cada vez más, las élites políticas e intelectuales de EE.UU. ya no piensan en su país como el líder ni incluso como miembro de la civilización occidental, concepto que nada les significa, y que en el mundo académico se mira como un proyecto de opresiva hegemonía que debe ser suprimido. La clase política e intelectual piensa en EE.UU. como una sociedad multicultural.

Las culturas preferidas son las de los afroamericanos, latinoamericanos, asiático-americanos; las cuales proceden de las civilizaciones de África, de América Latina, confuciana e islámica, no de Occidente desde luego. Son como una serie de cabezas de playa o incluso colonias de estas civilizaciones en la América del Norte, y ahora disputan la hegemonía dentro de la civilización occidental.

En EE.UU. siempre hubo población afroamericana, y durante mucho tiempo latinoamericana también; distinto es con la población asiático-americana: aunque duplicada desde la ley de inmigración de 1965, es todavía el 3 % de la población, nada más. La mera demografía sigue siendo la misma que fue por décadas.

Algo más tuvo que pasar para convertir una demografía multirracial, existente desde siempre, en una ideología multiculturalista, que quiere establecer una sociedad multicultural. No es la mera suma de gentes de otras culturas en los últimos años. Porque no es la primera vez que a EE.UU. llega un gran número de inmigrantes de otras culturas, cuyas perspectivas de aceptación en la cultura dominante aparece como problemático. Eso pasó hace un siglo, desde la década de 1880 a la de 1920, cuando la cultura de los europeos occidentales, principalmente de origen británico, tuvo que encararse con gran número de gente venida de Europa oriental y del sur, polacos, judíos, e italianos. Estos recién llegados no venían de fuera de la civilización occidental, pero ello no sirvió de consuelo a los estadounidenses de vieja estirpe, que ni sabían que eran “la civilización occidental” porque el concepto casi no se había inventado aún, sino que les veían en términos de identidad nacional, religiosa o racial (espuriamente).

La reacción de las élites políticas e intelectuales de la época ante esta realidad multicultural fue la opuesta a la de hoy día. En lugar de “celebrar” la sociedad multicultural, resaltando lo que es aún más multicultural, emprendieron un programa masivo y sistemático de “americanización”, imponiendo a los nuevos inmigrantes y sus hijos el inglés, la historia anglo-americana, y la educación cívica de EE.UU., lo que Robert Bellah más tarde llamaría “la religión civil estadounidense”, y que Huntington ha llamado en otros escritos “el Credo americano”. En su proyecto de americanización del inmigrante, la élite “anglo” se ayudó con la pujanza de la economía en este período, que dio a los inmigrantes muchas razones materiales para asimilarse, y con la restrictiva ley de inmigración de 1924, que en esencia puso un alto a la entrada de la gente del Este y del Sur de Europa, para permitir su asimilación.

Este gran proyecto de americanización fue implacable y hasta cruel. Mucha gente fue oprimida, y hubo víctimas; se barrió con muchos islotes culturales de gran riqueza y significación. Pero los logros de ese proyecto fueron tan impresionantes como feos. En particular, cuando EE.UU. se metió en sus grandes luchas del s. XX, primero la II GM y después la Guerra Fría, lo hizo como un Estado nacional, no como una sociedad multicultural; Hitler subestimaba mucho a EE.UU. pensando que lo era, que EE.UU. seguía como en la época de la I GM, sin asimilar todavía sus

inmigrantes. Pero el país se hizo el líder y defensor de la civilización occidental por causa del éxito en este proyecto de americanización masiva.

De hecho, uno de los efectos de este proyecto fue la propagación del concepto de civilización occidental en la élite académica. Para la élite política estaba bien la “americanización” masiva de la población. Pero la élite académica, sobre todo en Harvard, Yale, Columbia y Princeton, estaba en el negocio de preparar la élite del futuro, así que la simple americanización era algo muy áspero y primitivo. En lugar de imprimir de modo unilateral el carácter estadounidense a personas que en algún sentido eran tanto de Europa como de América, buscaron un denominador común; y fue la civilización occidental. Como vimos, muy poco en esta civilización contradecía el “Credo americano”, en el cual ya estaban incluidos todos esos elementos que Huntington identifica como típicos de “Occidente”.

Deconstruyendo a Occidente

La mera presencia de los afroamericanos, latinos y asiático-americanos no creó una ideología multiculturalista en los años ‘80 y ‘90. La sola presencia por sí misma no podía producir esa ideología adoptada por la mayor parte de las elites políticas e intelectuales, ni hacer que se traduzca en políticas para crear una sociedad multicultural. Incluso formar una coalición entre ellos no hubiera sido suficiente para tomar el poder y hacer política, sino se incluía, y como su núcleo central, a un grupo mucho más cercano al trasfondo social y educativo de la élite existente, y más metido en la emergente economía post-industrial. Ese grupo, no un grupo sino la mayoría en realidad, fue la mujer; ya vimos su importancia en la economía post-industrial, y el resultante peso del feminismo en la política post-moderna.

El feminismo fue y es fundamental para la coalición multicultural y su proyecto: es el que pone los números, tras haber alcanzado por primera vez una masa decisiva en el mundo académico, y ahora en los medios de comunicación, y en el derecho. Promueve las teorías ideológicas, como deconstruccionismo y posmodernismo, y aporta mucha de la energía, el liderazgo y la influencia política.

La coalición multiculturalista con su núcleo feminista desprecia las versiones europeas de la civilización occidental, que considera productos de “machos blancos europeos muertos”. Y también la versión local EE.UU. o “Credo americano”, en especial el liberalismo clásico, el constitucionalismo, el imperio de la ley, y los mercados libres. En la práctica también rechazan la separación de iglesia y estado, pues quieren usar al estado contra la iglesia, sobre todo para atacar a un clero de hombres, visto como ultraje a la igualdad de oportunidades, y a la negativa de los hospitales cristianos para hacer abortos, visto como violación a los derechos de la

mujer. El proyecto multicultural ya ha marginado a la civilización occidental de su núcleo intelectual: universidades y medios de prensa.

El verdadero choque

Las ideas de la Ilustración se inventaron en Gran Bretaña a raíz de las guerras de religión del s. XVII; luego fueron adoptadas por la élite intelectual de Francia, la mayor potencia del s. XVIII, que las puso a correr por toda Europa. Las ideas de la post-Ilustración, se inventaron en Francia a raíz de las guerras ideológicas de mediados del s. XX; luego fueron adoptadas por la élite intelectual de EE.UU. la mayor potencia de fines del s. XX, que las ha puesto a correr por toda la civilización occidental.

La derrota de la Ilustración por la post-Ilustración es también la de la Modernidad por el post-modernismo y, por tanto, de lo occidental por lo post-occidental. En el mismo momento de su mayor triunfo sobre la U.R.S.S., última gran potencia enemiga, la civilización occidental se está convirtiendo en no occidental. Una razón es que se ha vuelto global, y por lo tanto extra-occidental; pero la razón más real, y fatal, es que se ha vuelto post-moderna y, por tanto, post-occidental.

El verdadero choque de civilizaciones no será de Occidente contra una o más de las otras civilizaciones; será entre el Occidente y el post-Occidente en el propio Occidente. Este choque ya se dio dentro de la mente de la civilización occidental, la clase intelectual de EE.UU. Ahora se propaga desde el cerebro al cuerpo político estadounidense mismo.

Los años '90 han visto a otra gran transformación, esta vez en los movimientos progresista ("liberal") y conservador, que han definido siempre la política en EE.UU. y que cualesquiera sean sus diferencias, hasta ahora ambos habían creído en las ideas modernas, expuestas en el Credo americano. La energía política de la progresía está ahora puesta en los activistas multiculturalistas: el liberalismo deja de ser moderno y se hace post-moderno. Y la de los conservadores está ahora puesta en la gente religiosa, principalmente los cristianos: el conservadurismo deja de ser moderno y se hace pre-moderno.

Estos liberales y estos conservadores no creen en la civilización occidental. Los progres se identifican con la sociedad multicultural o una civilización post-occidental, tal como es ahora. Los conservadores se identifican con el cristianismo o una civilización pre-occidental. Por tanto, surge una pregunta: en EE.UU. ¿quién a futuro va a creer en la civilización occidental? Más prácticamente: ¿quién va a creer

lo suficiente como para luchar, matar y morir por la civilización occidental en un choque de civilizaciones?

Históricamente es apropiado que Samuel Huntington haya hecho un llamamiento a la civilización occidental y dentro de ella a los estadounidenses. Los primeros Huntingtons llegaron a América en el s. XVII, con los puritanos fundadores de la Colonia de la Bahía de Massachusetts. En el s. XVIII, Samuel Huntington de Connecticut fue uno de los firmantes de la Declaración de Independencia, y prestó fondos al general George Washington para su ejército en Valley Forge. Y en el s. XIX, el empresario Collis P. Huntington era un constructor del ferrocarril transcontinental.

En el s. XX, Samuel P. Huntington ha sido por más de 40 años, el politólogo más brillante y creativo de este país. Los Huntington han estado presentes en la mayor parte de los grandes acontecimientos de la historia de EE.UU., a su vez ligados a los grandes movimientos de la civilización occidental: la Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Es apropiado así en nuestro siglo que Samuel Huntington haya sido un analista de la civilización occidental, sino además un ejemplo de su creativa inteligencia.

La clase intelectual de ahora en EE.UU. está presente y activa en la “deconstrucción” de la civilización occidental. Pero cuando esta civilización esté en completa ruina, serán sus glorias, y no las barbaridades multiculturalistas, las que serán recordadas. Y cuando esta clase intelectual también haya desaparecido, no serán los aburridos clichés deconstruccionistas los que serán recordados, sino los brillantes logros de Samuel Huntington.